

ROSER A. OCHOA  
ENARA DE LA PEÑA

# Resurrección

*Saga Lotos: 3*



ROSER A. OCHOA  
ENARA DE LA PEÑA

# Resurrección

*Saga Lotos: 3*

YOUNG  
KIWI

YOUNG KIWI, 2024  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, mayo 2024  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-41-8  
Depósito Legal: CS 234-2024  
© del texto, Enara de la Peña, Roser A. Ochoa  
Corrección, Carol RZ

**Código THEMA: YF**

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.youngkiwi.com](http://www.youngkiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A un pequeño milagro...



# Capítulo 1

## Exequias a un inmortal

Yulong Shizui permanecía sentado con la espalda apoyada en la corteza de un árbol y la mirada perdida en el horizonte. El crepúsculo pintaba el cielo con brochazos de diferentes tonos de amarillo, naranja, violeta y añil.

El largo cabello de Lian Hua se deslizaba entre sus dedos y le hacía cosquillas. Yu embrolló las finas hebras y aspiró el aroma a lotos. El olor que tan bien conocía y que tanta paz le aportaba.

—¿Me lo desenredarás después? —se burló el inmortal, y enlazó sus manos con las del joven.

—Por supuesto —respondió. Despegó la vista de la línea de las montañas para sumergirse en los ojos de Lian—. Me gusta hacerlo. —Acercó los pálidos nudillos a sus labios y los besó—. ¿Tienes frío?

Lian negó y, de nuevo, se dejó caer contra su hombro. Yu jugueteó un poco más con sus dedos, pellizcando cada yema, rozando el dorso y apretando la palma.

—Yu... —El aliento del inmortal se estrelló contra su piel.

—Shhh —chistó, e hizo un ruego—: Todavía no.

—Está bien —concedió Lian, que se rindió a las dulces caricias.

Los últimos rayos de sol se esfumaron y la noche se cernió con un cielo desprovisto de estrellas.

Era el momento.

—Yu.

—¿Vas a dejarme solo? —La voz del joven tembló, al igual que sus manos—. Eres el único lugar al que puedo acudir.



—Todo saldrá bien. Además, ya no tienes miedo a la oscuridad.

—Ahora me aterra estar sin ti.

El silencio se condensó como una mortaja que le impidió respirar. No hubo réplica.

Yu descendió la mirada; entre sus manos no quedaba nada y, al alzarla, se encontró con la dolorosa realidad.

Las heridas a medio sanar no eran tan insoportables como el dolor que sentía entre las costillas, justo en el corazón. El eco de la pérdida resonaba en su mente y le impedía centrarse en las voces, exigentes y cargadas de rabia, que se dirigían a él sin una pizca de respeto ni amabilidad.

Demandaban respuestas que él no tenía.

De hecho, sin Lian, no le quedaba nada.

Se respiraba ansiedad en el palacio de Ciudad Frontera de la Patriarca Han. Desde tiempos inmemoriales, el peor temor de los Deva era el resurgir de la bestia legendaria. Con cuerpo alargado y poderosas escamas, el Gran Dragón que tambaleó los cimientos de la existencia misma fue exterminado y tan solo quedó un lejano recuerdo, así como su progenie. Hasta aquel momento.

El atardecer irrumpía a través de los altos ventanales en la inmensa sala, con una abarrotada mesa de roble alargada en el centro. El Cónclave de los Inmortales Celestiales había sido convocado e interrogaba a Yulong Shizui con dureza.

Habían habilitado uno de los invernaderos del palacio de la patriarca Han para la ocasión. Al empezar las declaraciones de los testigos, la luz se filtraba por el ventanal de su derecha, justo en el este, sin embargo, en aquel instante incidían por los del oeste. Algunas de las flores comenzaban a recoger sus pétalos, preparándose para descansar. Yu las envidió.

Se sentía exhausto, ya ni recordaba la última vez que había dormido. Tampoco se habían preocupado por darle nada de comer, relegando al olvido su parte humana.

Eran ocho, pero solo seis se presentaron. Uno se retrasaba. Otro había muerto. Sus voces se alzaban, pisándose unas a otras

en un caos que le daba dolor de cabeza. Yu buscó los únicos ojos a los que se podía aferrar, aunque la roja mirada del *qilin* estuviera cargada de la misma hostilidad.

—Contesta —apremió el que parecía llevar las riendas.

Era un hombre alto y apuesto, con un tono de piel tostado y el cabello corto, negro y rizado. Se trataba del patriarca Lu, el líder de los ocho. Estaba al frente de la ciudad frontera que protegía Bombay y su aspecto era la prueba de cómo los inmortales se habían adaptado por la proximidad con los mortales. Mientras que la primera grieta surgió en China, dando origen a los nombres y cargos, al extenderse por el globo terráqueo los inmortales fueron evolucionando según la cultura del mundo mortal con el que colindaban. Llevaba toda la sesión sin quitarle los ojos de encima y escuchando al resto, interviniendo apenas para dar el turno a uno u otro.

—Ya os lo he dicho —murmuró Yu. La garganta le escocía y cada palabra rasgaba como una afilada daga—. No recuerdo nada.

Yu había respondido a cada una de sus preguntas con diligencia, incluso cuando estas se repitieron una y otra vez. Solo quería terminar cuanto antes.

—¡Miente!

—¿Por qué debería mentir? —apuntilló una voz femenina.

Yu la buscó. Aunque su expresión era imperturbable, Xiangü parecía cansada. Las cuarenta y ocho horas que habían transcurrido desde que se presentó en su palacio después de cruzar desde Ciudad Qiu hicieron mella en ella. A pesar de conservar la belleza y majestuosidad que la caracterizaban, si uno se fijaba, el enrojecido filo de sus ojos la delataba. La princesa de los Mil Cerezos en Flor mantenía una expresión neutra y, en cierto modo, hasta indiferente, con la espalda recta y las manos sobre el regazo. No obstante, era la única que le mostraba comprensión.

«El amor incondicional de una madre», pensó con un toque apenado. Sin embargo, los patriarcas no carecían de razón. Él era el culpable de la muerte de Lian.

—Está bien, chico. —Yu alzó la cabeza en dirección a un hombre de avanzada edad con una ligera barba salpicada en canas. Sonreía de manera incómoda. El patriarca Zhang, cuyo reino colindaba con São Paulo, en Brasil, tenía aspecto de entrañable abuelo y alma de viejo diablo—. Solo dinos: ¿qué ha pasado con Zongli?

No sabía si el hecho de que se dirigieran a él en chino era por facilitar sonsacarle algo o costumbre del Cónclave, al fin y al cabo, era la lengua original de la barrera y la estricta educación del reino celestial.

Yu vestía con una túnica de presidiario, de tela fina y tonos neutros, idéntica a la que llevó al final de su primera vida. Si no fuera por lo desesperado de la situación, se reiría a carcajadas, casi nostálgico. La cuerda paralizante constreñía sus muñecas y sus pies descalzos reposaban sobre una loseta de piedra *heise*, para así cortarle el flujo de los meridianos.

Por si tantas precauciones no fueran suficientes, los patriarcas mantenían un alto nivel de yang en el ambiente, con la esperanza de que el joven se debilitara. Debía reconocer que sus auras eran abrumadoras, pero no le intimidaban.

Su estado de ánimo era complicado. Tomó una gran bocanada de aire e hizo lo posible por apartar los sentimientos de rencor:

—El patriarca Zongli conspiró junto a Qiniu, el demonio de...

—¡Basta! —El hombre que había gritado no era otro que el patriarca Guojiu, conocido como el General. Su piel era color caramelo, y era de una estatura parecida a la de Yu, aunque más musculado. Llevaba el largo cabello recogido en una apretada trenza. Sus ojos, de un tono azul tormentoso, evidenciaban que su paciencia escaseaba—. ¿Puedes o no convertirte en dragón?

Aquel dato parecía ser el único que le importaba.

—No lo sé... —murmuró a modo de respuesta.

Por lo que Yu había entendido, aquel hombre de aspecto fiero era uno de los que se desplazaron hasta Ciudad Qiu para ver de primera mano el colapso que había causado con su supuesta transformación. El patriarca terminó por apuntalar el muro con

su propia energía para ganar tiempo antes de que se derrumbara y pusiera en riesgo los tres reinos. Una tarea que requería de un poder extraordinario.

—¿Crees que esto es un juego? —acusó el patriarca Li, que dio un golpe a la mesa.

El alquimista, cuyas píldoras le habían hecho ganar fama como el mejor sanador de entre los inmortales, perdía la compostura estrepitosamente. Decían que la cojera había amargado su humor con las décadas. Las túnicas se agitaron sobre su enclenque figura y los oscuros ojos se clavaron en Yu como si fuera la mismísima muerte.

—Por tu culpa, los estragos del colapso del muro han llegado al mundo mortal con huracanes, terremotos y desastres naturales que ni puedes imaginar —siguió—. Las consecuencias atraviesan el océano Pacífico y solo es el principio, porque, como caiga del todo la barrera, estamos perdidos.

A Yu nada de aquello le interesaba. Resopló, extenuado. Ni le escuchaban ni parecían tener intención de hacerlo, era frustrante.

—Os lo he dicho, ¡no fui yo! —insistió, y cerró un instante los ojos—. Zongli y Qiniu experimentaban con *qilin* y querían traer a la vida a Quexi con mi... —Cuanto más se oía a sí mismo, más ridículo sonaba y menos le creerían. Pero no podía rendirse—. Tenéis las pruebas.

—Entonces, ¿esto es un alma embotellada?

La pregunta fue formulada con un tono neutral aunque forzado. Lu, el líder del Cónclave, señaló el recipiente sobre la mesa. El líquido en su interior fluctuaba como una lámpara de lava y el olor a yang era tan potente que se percibía entre los patriarcas.

—Era lo que Lian pensaba... —Yu perdió la voz a mitad de la frase.

—El inmortal que también has asesinado —lo acusó Zhang.

—¡Yo no...!

Yu fue acallado con una descarga. La roca *heise* sobre la que permanecía tenía un hechizo para castigarle si no se mostraba cooperativo. No era su primer calambre.

El silencio se alzó entre los presentes.

—Tú no ¿qué...? —lo retó el anciano.

La rabia se atravesó en su garganta como una espina de pescado.

Tenían las pruebas que Lian había escondido en su anillo sin fin, además, estaba convencido de que Xue ya había narrado lo que sabía: desde el momento en que Lian salió de reclusión, lo que ocurrió en Ciudad Ya y hasta su partida en busca de Zongli. Tal vez no lo hubiera explicado con todo lujo de detalles; probablemente el hurón guardó para sí ciertos puntos, no por protegerle, sino por deferencia a Xiangyu y la historia que no podía ser contada.

Yu imaginó lo duro que habría sido para el *qilin* narrar cómo apareció por el sello de acortamiento de distancia con el cuerpo sin vida de Lian. Solo hacía falta verlo para saber lo roto que estaba.

Los puños de Yu se cerraron con fuerza.

—Creo que deberíamos tomarnos un receso y, tal vez, ofrecerle al chico algo de comida —propuso Han, alertada por las fluctuaciones de su aura.

—Con todos mis respetos, me gustaría terminar. —Zhang, cuya expresión amable había desaparecido, se revolvió inquieto en su asiento—. La conspiración entre demonios está clara. ¿Cómo iba a orquestarlo Zongli?! En realidad, Qiniu y este...

Por supuesto, se lo esperaba. Que un patriarca actuara en contra de mantener la estabilidad de la barrera era algo que unos inmortales estirados ni se planteaban. Rompía con sus esquemas y desmontaba la idea a la que necesitaban aferrarse.

Yu no se arrepentía de haber quemado a Zongli hasta los huesos, era lo que se merecía, aunque no tuviera forma de demostrar quién era el verdadero autor de tan atroces actos. Ciudad Qiu cayó reducida a cenizas, pocos se habían salvado y, por descontado, entre los escombros no quedaron rastros de los cuerpos de los inmortales que el patriarca Zongli convirtió en marionetas, tampoco de la muñeca con aspecto humano y tan real que logró engañarlo durante más de diez años. La traición de Ming Yan le escocía más de lo que quería admitir.

Con el Hijo del Dragón de Ciudad Qiu en paradero desconocido y el patriarca muerto, tan solo contaba con su palabra. ¿Quién le creería? «No somos dignos de confianza, Yulong Shizui. Manipulamos y engañamos para lograr nuestros objetivos», recordó las palabras de Bihan, el Hijo del Dragón de Ciudad An. Por fortuna, todavía tenía algún aliado en aquella sala.

—Pensad lo que queráis. —Yu habló en un murmullo—. Sabía que no me escucharíais, aun así, aquí estoy.

—Estás aquí porque te hemos apresado —soltó Lu, molesto con lo que insinuaba.

—Tal vez.

Una media sonrisa, demasiado natural en él, acudió a sus labios.

—¡Bastardo del demonio! —exclamó Li.

—Calma. —La delgada voz de Han llegó desde el centro de la mesa—. La realidad tal y como la conocemos colapsa mientras malgastamos las horas discutiendo. La segunda grieta ha caído y, tras Nueva Delhi, el futuro de la India con el del resto del mundo penderá de un hilo.

—¿Por culpa de quién? —bramó Zhang, haciendo un gran esfuerzo por no saltar al cuello del joven, retenido frente a los imponentes protectores de las grietas.

—Así no conseguiremos nada —resopló Han, que comenzó con sus elucubraciones—. Si hubiera otro patriarca para sustituir a Zongli... aunque se requeriría también de un Hijo del Dragón, y Ciudad Qiu es ya ingobernable. A menos que hubiera otro sitio...

—La novena grieta —intervino Xiangú. Todos cerraron la boca por la mención de un lugar que evocaba lo peor de cada reino—. No hubo coronaciones ni ceremonias, es un terreno sin dueño, perfecto para crear un nuevo punto de apoyo y equilibrar la balanza. Perdimos una ciudad, recuperemos otra.

—¡Claro! ¿Algún candidato? —se burló Li—. ¡La Ciudad Vacía es inviable!

—Bueno, tenemos aquí mismo a un demonio más que capacitado, según demuestra la marca de su frente —tanteó Xiangú.

—¿Qué ocurrencia es esa?! —exclamó Zhang.

Yu alzó la cabeza con marcada lentitud para enfrentarlos. Mientras que había gente que aún teniéndolo todo sus ojos estaban muertos, los de Yu, a quien no le quedaba nada, le brillaban como dos estrellas y eran tan afilados como una espada.

Desde el momento de su nacimiento, el alma de ShenXian Yu estaba encaminada a grandes logros. Tal vez no tuviera un destino imperial, no obstante, contenía algo especial que después de su muerte heredó Yu.

Humano, inmortal, demonio, dragón... Aquel atajo de carcajales con aires de grandeza escupían la fuerza por la boca y él no era más que la diana de su ira e incomprensión. No iba a esperar más. Si no eran capaces de hallar una solución, Yu tendría que dársela. Ellos querían salvar la estabilidad de la barrera, el maldito equilibrio que, para bien o para mal, mantenía el mundo en pie.

Yulong Shizun solo necesitaba a Lian.

Si por él fuera, los tres reinos podían arder. Su objetivo y el de los patriarcas era distinto, o no tanto. Existía un camino intermedio que beneficiaba a ambas partes. Para ello debía captar su atención una vez más, que se había mezclado en otro absurdo debate.

—¡Lo haré yo! Iré a la novena grieta —declaró.

Su grito acalló el conjunto distorsionado de voces.

—¿Crees que vamos a dejarte a tu aire? ¿Piensas que somos idiotas? —se ofendió el viejo Zhang.

En su mente tenía bastante clara la respuesta, pero prefirió ser correcto, más que nada por el riesgo a sufrir otra molesta descarga.

—Tengo el poder, os seré de utilidad y me alzaré sobre los demonios para...

—No hay alma milenaria que pueda asumir el rol de nuevo patriarca —reflexionó Xiangü, con tono ensayadamente calmado.

—Puedo proporcionaros una —soltó Yu con convicción—. Si voy a tomar las riendas del inframundo, solo será con Lian Hua al otro lado.

Aquellas palabras abandonaron su boca con una tranquilidad escalofriante, sin embargo, era consciente de que tendrían un fuerte impacto. Y la primera reacción no tardó en llegar:

—¿Qué estás sugiriendo exactamente, chico?

El patriarca Li se levantó con tanto ímpetu que la silla se estrelló contra el suelo.

—Sois el Cónclave de Inmortales Celestiales. —Yu paseó la mirada por cada uno de ellos, deteniéndose en Lu, el líder de los ocho—. Vuestros nombres y el cargo que ocupáis representan el orgullo de la barrera de los tres reinos. La Calamidad os escuchará.

—¡Eso es imposible! —estalló Li, que tuvo que apoyarse en la mesa por su grave cojera.

El patriarca Lu puso una mano sobre el antebrazo de su compañero, instándole a que se sentara para serenarse.

—La Calamidad es un ente sagrado, no hay forma de acercarse, ni siquiera nosotros —trató de explicar el hombre, de pie entre sus iguales.

—Entonces, sin diálogo. —Los ojos de Yu brillaron—. Solo tenemos que arrebatársela.

—Nadie en su sano juicio... —balbuceó Guojiu, con la curiosidad borboteando en su mirada.

—Estáis de suerte, jamás he sido una persona muy cuerda.

Si Yu hubiera podido escarbar en sus cráneos, estaba seguro de que habría encontrado una alta dosis de incredulidad mezclada con la condescendencia de quien se enfrenta a alguien al que se le ha ido la cabeza.

Tal vez era así.

La tensión de la sala se hizo mil pedazos con la escandalosa carcajada del patriarca Guojiu, que habló sin que la sonrisa abandonara su expresión.

—Eres un tipo de lo más interesante.

—¿Nos estás ofreciendo tu ayuda? ¿Por qué un demonio haría nada por uno de los nuestros? —inquirió Zhang.

Los nudosos dedos del patriarca acariciaban su mentón y se hundían en la barba, como si reflexionara, aunque en realidad pretendía tirar de un hilo que colocaría a Yu entre la espada y la pared.

«¿Por vosotros? ¡Ja! Me importáis una mierda. Lo hago por Lian. Lo hago por amor», pensó. Una respuesta que tenía prohibido dar.

No existía tal sentimiento entre seres que ocupaban lados opuestos de la barrera.

Él no era un simple humano, tampoco un alma inmortal; lo que todos veían cuando lo miraban era la marca de su frente, lo que lo distinguía como un verdadero demonio, un enemigo, uno de los Hijos del Dragón. Pura maldad. De manera inconsciente, su atención se posó en Xiangú, y un chispazo de comprensión recorrió su espinazo. Más de cuatro décadas atrás, ella estuvo en una situación similar. Tal vez, cuando todo terminara, le debiera a Xiangú una disculpa. Fue muy mezquino la última vez que le habló.

Media docena de pares de ojos lo observaban de nuevo, aguardando su respuesta.

—Porque fue culpa mía que Lian muriera —sentenció, pronunciando cada palabra muy despacio y con voz clara.

—El destino de todo guerrero es morir defendiendo el equilibrio —intervino el patriarca Lu.

—No era su pelea, tampoco fue el destino —interrumpió el medio demonio—, fui yo. Solo pretendo enmendar los errores que he cometido.

—Qué más da de quién fuera el error, lo que propones es una auténtica aberración —gruñó el patriarca Li, con el veneno de la rabia disuelto en su paladar.

—¿Es por este motivo que no encontramos el cadáver? ¿Lo habéis escondido? —inquirió Lu. Su gesto se condensó en una extraña mueca, como si de pronto comprendiera mejor la situación.

No iba desencaminado. Aquella era la razón por la que rogó a Xue para que ocultara el cuerpo y no fuera incinerado, como exigía la tradición. Le habría gustado pensar que tenía un plan,

cuando se trataba más de vagas esperanzas. Aun así, no podía soltarlas. Si lograba recuperar el alma divina de Lian, la devolvería al envoltorio original. Disponía de siete días antes de que el alma terrenal se fundiera con el universo y se perdiera para siempre.

—Es un crío medio humano, normal que tenga esas ideas sin sentido —se burló Zhang.

—Además, en el hipotético caso de que lo consiguieras, es una técnica prohibida —añadió Lu, reticente a la idea.

—¿Lo harías, muchacho?

Todas las miradas se dirigieron al hombre que acababa de alzar el tono. Guojiu entrecerró los ojos, tenía unas largas y oscuras pestañas que lograban crear una ligera sombra sobre tu tez trigueña. A pesar de su fama de buscar siempre batalla, a Yu le dio la impresión de que se mantenía bastante conciliador. Al menos, su mente estaba más abierta.

—¿Qué diablos crees que estás diciendo? —se escandalizó Zhang.

—Solo pregunto si es capaz de ir hasta Ciudad Fantasma, enfrentarse a la Calamidad y robarle un alma —resumió Guojiu con naturalidad.

—¿Estás de su parte? —farfulló Li.

—Estoy de parte de cualquiera que pueda darme una maldita solución —gruñó el General—. Vosotros no habéis estado allí ni habéis visto lo que yo —les echó en cara—. Tal cantidad de destrozos, los inmensos niveles de yin...

—La situación es desesperada, debemos sopesar cualquier opción —aportó Han.

Guojiu palmeó la mesa con ambas manos en señal de conformidad y añadió:

—Pensaba que estábamos aquí para discutir cómo conservar el mundo de una pieza. Visto que ninguno de nosotros tiene una mejor idea...

—Yo creo en él —sentenció Xiang—. Yulong Shizui es digno de la confianza de Ciudad Frontera de la Patriarca Han y de la mía.

Bajo sus costillas, el corazón de Yu latió con fuerza. Tras horas sumido en la oscuridad, una tenue luz asomaba; cerró los puños e intentó esconder la expresión de satisfacción.

—¿Vas a dejar el destino de todos en manos de un demonio? —se mofó Li.

—¿Por qué no? —La voz de Han fluctuó como las notas del *xiao* que solía tocar—. Las palabras engañan, pero los colores de su aura no —explicó, con una dulce sonrisa—. Yulong Shizui tiene una deuda de sangre con el mundo... Tal vez esta sea la forma de expiar sus pecados.

—No podéis estar hablando en serio.

—Si los tres reinos se van a la mierda, prefiero tener a un dragón como aliado que como enemigo —se carcajeó el General—. Por mí, que lo intente, mientras tanto... —dijo, levantándose—. No sé vosotros, pero yo tengo un trozo de mundo que proteger.

—El protocolo exige una votación —atajó Lu, el líder de los Inmortales Celestiales.

—Falta uno, deberíamos esperar o el resultado será injusto —protestó Xiangü.

—No tenemos tiempo —rechazó Guojiu—, yo voto que sí. Dejad que el crío vaya a por el alma del inmortal.

—Está bien, entonces, mi voto también es sí —dijo Xiangü, que dedicó una profunda mirada al joven.

—Sí —afirmó Han.

—Os habéis vuelto locos —se quejó Zhang, negando—. Mi voto es que sea ejecutado en la plataforma lo antes posible.

—Yo también digo no —votó Li—. Esto no es algo para tomarse a broma, nos estamos jugando el equilibrio de la barrera, ¿de verdad depositaréis vuestro destino en una bestia?

Toda la sala se giró en espera de la respuesta del patriarca Lu. Como líder del Cónclave, su voto contaba doble en los empates. Ninguno de los presentes había tenido que enfrentarse a una decisión similar. Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

Yu dudaba sobre el significado del gesto. ¿Se lo estaría planteando en serio? ¿Habría una oportunidad de salir de ahí con la ilusión de recuperar a Lian? La esperanza devolvió con rapidez el brillo a la mirada de Yu, y a la misma velocidad sintió que le desgarraban el pecho para deshacerse de su corazón. Con tan solo una palabra.

—No —pronunció Lu, y añadió—: Que encierren a este nuevo Hijo del Dragón.



# Capítulo 2

## Tratos con el demonio

Al sostener el cuerpo sin vida de Lian, Xue se negó a creer que realmente estuviera muerto. Un hechizo, un conjuro de sueño, tal vez se trataba de un engaño o estrategia para regresar. Sin embargo, los minutos pasaron sin que Lian abriera los ojos.

Cuando Yu, apresado con los látigos de los inmortales que pretendían arrastrarlo al calabozo, se abalanzó sobre él, un fuego ascendió por su estómago. Una ira inconmensurable, una rabia como jamás había sentido estalló bajo sus costillas, desgarrando sus entrañas.

El engendro del demonio le rogó que protegiera el cuerpo de Lian y, a pesar de que su primera intención fue desoír tan absurda petición, no dejó de pensar en ello. Al abandonar la ciudad de Xiangy, la soledad le asestó una bofetada; su interior se resquebrajaba. Las lágrimas comenzaron a descender por sus blancas mejillas y fue imposible detenerlas. Se licuó durante horas en un torrente de tristeza y frustración.

Xue Diao había pasado por todas las fases del duelo, ya solo quedaba la aceptación. Tenía que asumir la realidad de su pérdida, sin embargo, el *qilin* se negaba a ello.

Jamás admitiría que él se hubiera marchado.

Cuando Yulong Shizui juró frente a los patriarcas que podía recuperar el alma de Lian, por un segundo, un efímero y placentero instante, quiso creerle. Después recordó que el medio demonio era incapaz de cumplir una sola de sus promesas, y de nuevo se



hundió en el lodo de la desesperación. Tan denso que, cuanto más luchaba por escapar, más difícil le resultaba moverse.

Acababa de abandonar la sala de la reunión. Con el peso de las últimas horas sobre su espalda y el cansancio acumulado agarrotando cada uno de sus músculos. Se sentía hueco y sus pasos fueron lentos e inestables. Descendió con pesadez cada uno de los tres mil escalones frente al palacio de la patriarca Han y siguió el sendero paralelo al río tras cruzar el puente HanYan, aunque sin deleitarse con los primeros brotes de los árboles o los saltos de agua, más pronunciados debido al deshielo.

El invierno duraba menos que en el reino de los mortales y, en breve, la suave brisa primaveral se colaría por los empedrados paseos de la ciudad y los colores inundarían cada rincón. Una belleza que carecía de sentido para sus vacíos ojos.

Xue estaba sumido en sus pensamientos, sin rumbo, aunque deliberadamente o no sus pasos lo alejaron del hogar de los Lian, incapaz de enfrentarse a ello.

Era la hora de la cena y a su delicado olfato llegaron los deliciosos aromas de bollos de carne, pollo picante y fideos fritos que los puestos de comida ofrecían a los viandantes. Ciudad Frontera de la Patriarca Han seguía tan viva como recordaba; a pesar de haber estado fuera tan solo un par de semanas, lo percibía como años.

El Xue que se marchó no era el mismo que había regresado.

Se alejó de los abarrotados locales tan cargados de recuerdos. De la tienda de orfebrería donde Lian le compró su primer enganche para el pelo; de la de instrumentos musicales donde rompió accidentalmente un *guqin* y un calmado Lian pagó con diligencia; del establecimiento de telas de la señora Wang, a donde Lian lo acompañó para que le vistieran en plata y gris a los doce, quince y veinte años.

Sin Lian, ya no tenía nada.

Xue se frotó los ojos y maldijo en voz baja. Echó a correr.

Necesitaba un lugar apartado donde poner en orden sus pensamientos o continuar hundiéndose en su pesar.

No le importaban las miradas suspicaces de los paseantes, cómo lo señalaban aquellos que conocían los rumores. El Cónclave de Patriarcas Celestiales no se reunía por una minucia y, aunque no se había anunciado de manera oficial, se hablaba de que el joven de los Lian no logró regresar de su última batalla. Héroe o fracasado, Xue ignoraba cómo recordarían al inmortal. Para él era su amigo, su hermano y su padre. Su todo sumido en cenizas por culpa de una persona. Un demonio.

Al menos los patriarcas tenían dos dedos de frente e iban a darle el castigo que se merecía. La plataforma de ejecución demandaba sangre y Xue estaría encantado de ver al autor de los atroces crímenes atado a ella.

Yulong Shizui era un asesino y debía morir. Sin embargo, había una parte de él, una minúscula que...

—Tienes una cara horrible.

Tenía el don de la casualidad. Cada vez que su interior era tragado por la desolación, aparecía. Alzó el rostro para encontrarse con los preocupados ojos amarillos del capitán Gou. El *qilin* le sacaba una cabeza a Xue; no vestía su habitual uniforme de la guardia, sino una simple túnica en tonos anaranjados, y llevaba el cabello oscuro recogido en una cola baja. Sus orejas de lobo gris estaban gachas, reflejo de la inquietud que desprendía. Para ser el fiero líder de los soldados que se encargan de que el mal no escape de los calabozos, su actitud con Xue era más como la de un cachorro dócil.

—¿Hoy no trabajas? —soltó el hurón para cambiar de tema, con tono seco.

—Es mi día de descanso, por eso he venido.

«¿Venir? ¿A dónde?». Fue entonces cuando se percató de que sus vacilantes pasos lo habían guiado hacia la Pradera Qilin. Un refugio para los suyos, incluso para él, en los momentos más bajos.

A su alrededor se repartían casas sencillas y de una planta. Predominaban las construcciones simples, de madera y tierra, con tejados de junco trenzado. El verde de los arrozales se combinaba

con el dorado del trigo en verano y el azul de los canales que regaban los campos. Se respiraba paz y libertad, dos palabras poco usadas con los suyos.

Tal vez la pradera no tuviera la elegancia del centro de la ciudad, pero su encanto era extraordinario, donde daban la bienvenida a cualquiera y lo acogían entre afectuosos gestos y palabras amables.

Xue no tardó en escuchar la algarabía.

—¡Eso es trampa!

—¡Vamos! ¡Pasad la pelota!

—No, tengo hambre.

—¡Yo también quiero!

Niños y niñas de orejas puntiagudas y peludas, con enormes ojos y saltando de emoción jugaban en el patio del orfanato donde él mismo pasó una breve temporada. El alargado edificio de ladrillo rojo y tejas negras lo saludó en silencio, con sus redondos ventanales abiertos al vecindario, al bullicio y el tierno caos juvenil.

Lian lo llevó allí en cuanto lo sacó de Ciudad Ya, lejos de Noche Roja. Trató de adaptarse, cualquier cosa era mejor que las calles en las que malvivió durante meses después de escaparse. Sin embargo, los terrores nocturnos hacían que despertara noche tras noche y llamara desconsolado al inmortal de azul que se había convertido en su salvador, así que este acabó haciéndose cargo de él.

Lian. Siempre Lian. En todas partes y, ya, en ninguna.

—Maestro Xue, ¿viene?

Una cría con pupilas de reptil y escamas en el cuello acababa de atrapar el filo de la túnica grisácea, tirando de él para llamar su atención. El gesto lo sacó de sus ensimismamiento y trató de imitar una sonrisa que, por la cara de la chiquilla, le salió fatal.

—Mejor otro día.

Las crías huérfanas habían adquirido la costumbre de reclamarlo en cuanto pisaba la pradera. Aunque él no hacía mucho por rechazarlos, normalmente. Con los años, se habituó a la presencia de los pequeños y, en ocasiones, los extrañaba. Envidiaba su

alegría, su manera sencilla de ver la realidad, sin complicaciones ni grandes dramas.

Muchos fueron rescatados del inframundo; otros tantos, hallados a los límites de la frontera, perdidos en entrevelos o retirados de subastas ilegales de demonios. También estaban aquellos que se quedaron sin hogar por la caída de Ciudad Qiu, aumentando la población *qilin* en más de una pradera. Era fácil verse reflejado en los ojos de los pequeños y querer hacer lo posible por devolverles la felicidad que nadie debería haberles robado.

Le gustaba lo que le transmitía aquel lugar, y era justo lo que necesitaba para ordenar sus caóticos pensamientos. Unos niños pasaron a la carrera frente a él y Xue frenó en seco para no arrollarlos, lo que propició que la persona que caminaba tras él chocara contra su espalda.

—Si tu plan es ser mi sombra y resoplar con lástima, prefiero que te largues, Gou.

Habló con dureza y sinceridad. Su amistad había superado grandes retos, aunque ninguno como el abismo que se abría ante él.

—Siento lo de tu maestro...

—No —lo interrumpió—. No quiero tu compasión ni tu amabilidad, solo necesito que dejéis de mirarme como si fuera a consumirme cual lámpara de papel. Estoy bien.

Xue era terrible mintiendo y Gou lo tenía calado desde que compartieron un primer almuerzo caliente en aquel orfanato.

Sin mediar palabra, el lobo gris tiró de él y lo abrazó.

Habían caminado hasta uno de los laterales del edificio, resguardados de los gritos de los niños y con los efímeros rayos del sol despidiéndose en el horizonte. El fuerte cuerpo de Gou lo envolvió al instante y le ofreció una tremenda calidez. Los párpados de Xue temblaron con indecisión hasta que se cerraron. Una lágrima brilló en la mejilla del hurón, que se frotó contra el hombro del otro *qilin* para secársela y retener las que vendrían después.

—Esto es peor —protestó con un hipido.

—Llorar es bueno, también patalear, insultar o enfadarte con quien quieras —lo consoló Gou mientras le acariciaba la espalda—. Puedes pegarme, si te ayuda a quitarte un peso. A mí no me importa.

—Qué tonto eres.

Xue cedió y devolvió el abrazo. Durante cinco segundos respiró el aroma a hierbas aromáticas, brotes frescos y polvo del lobo gris. Cinco segundos para tomar aire, coger impulso y seguir caminando hacia adelante. No estaba solo, lo sabía, sin embargo, se sentía vacío. Abandonado. Traicionado. Y aunque dirigiera su ira a Yulong Shizui, también se lo escupía a sí mismo.

Su debilidad hizo que perdiera a Lian.

—Tal vez, si hubiera...

Antes de que terminara la frase, Gou lo separó y enmarcó su rostro, con los mechones albinos sueltos de su peinado tras un largo y doloroso día.

—Nada de arrepentimientos. —Sus ojos amarillos le infundían un valor que creía olvidado—. Eres Xue Diao, el *qilin* que cultivó su propio núcleo espiritual y es capaz de enfrentarse a cualquier guerrero inmortal sin pestañear. Gracias a ti, muchos de los niños que hay aquí están a salvo, seguros. No dudes de ti.

El hurón tuvo que hacer un gran esfuerzo para cortar el sollozo que arañaba su garganta. Asintió sin apartarse del agarre del lobo.

—Comamos. A estas alturas, la maestra Shizu sabrá que hemos venido y nos habrán hecho sitio para la cena.

Los dos se dirigieron a la cantina, aunque Xue lo hizo con desgana. No le apetecía demasiado estar rodeado de gente, porque cualquier conversación lo llevaba al mismo agujero. Como cuando Gou le preguntó si regresaría al reino de los mortales o por su estancia en Ciudad Frontera de la Patriarca Xiang. Incluso cuando la añoranza lo delató y le hizo hablar de más al mencionar a Mei, que decidió quedarse en su grieta para ayudar a los *qilin* recién llegados. Al nombrarla lo hizo con un evidente sonrojo en las mejillas y una risa nerviosa que Gou supo interpretar con rapidez, pero, por decoro, no dijo nada. La genuina curiosidad del

lobo sobre las diferencias entre la Pradera Qilin de ambas grietas lo arrastraban al recuerdo de Lian Hua.

Porque lo que había sido, lo que era y lo que quería ser estaban atados al inmortal.

Tenía que hacer algo, ¡debía haber una forma de arreglarlo!

«Iré a la novena grieta. Si voy a tomar las riendas del inframundo, solo será con Lian Hua al otro lado».

La voz de Yu irrumpió en su mente como una tenue llama que amenazaba con abrasar sus escasos límites morales. Durante el interrogatorio, frente a los patriarcas de seis ciudades frontera, el joven se mantuvo estoico. Solo alguien que lo conociera percibiría cómo trataba de sostener sus piezas antes de desmoronarse, aunque las atara con una simple ilusión, una vana esperanza.

Una a la que Xue se quería sumar.

Era absurdo, solo pensarlo derrumbaba los cimientos de su fe y ponía en jaque los conocimientos adquiridos tras años de estudio en la Logia de los Ancestros.

¿Realmente sería capaz? ¿Podría traer de vuelta a Lian de Ciudad Fantasma? ¿Por eso le pidió que conservara el cuerpo? Cobraba sentido, a pesar de lo estúpido del plan. ¡Era irrealizable! O tal vez...

Había demasiadas incógnitas. Y solo una persona se las podría aclarar.

Antes de entrar en el gran comedor, Xue se detuvo de pronto. Los amarillos ojos de Gou lo analizaron en silencio, y el hurón sintió que, una vez más, estaba a punto de aprovecharse de las atenciones del lobo gris para su beneficio. Si era buen o mal amigo, prefería no darle vueltas.

—Gou, llévame a las mazmorras.



La humedad trepó por el bajo de las túnicas de Xue, convirtiendo el pálido gris luna de las telas en un mejunje de barro. La asfixiante

sensación crecía conforme descendían a las entrañas del calabozo. En Ciudad Frontera de la Patriarca Han, los presos se distribuían por niveles según su peligrosidad.

Yulong Shizui había sido trasladado al último rincón olvidado, incapaces de clasificar su verdadera naturaleza.

De haber podido, más de uno lo hubiera preferido enviar bajo tierra, de manera literal.

—¿Estás seguro? —inquirió Gou, parado en el tramo final. Xue asintió y el lobo le respondió con otro gesto afirmativo—. Solo podré mantener alejados a los guardias unos minutos. Aunque trabajan para mí, han recibido órdenes directas del Cónclave de los Patriarcas, así que no tardarán en regresar.

—Será suficiente.

—Toma.

Gou depositó sobre la palma de su mano el mismo amuleto de bloqueo que ya le cedió tiempo atrás. Lo ayudaría a conservar su energía, aunque aquella vez lo necesitó para estar al lado de Lian y, en esta ocasión, para enfrentarse a su asesino.

Xue agradeció en silencio y esperó hasta estar solo. Las lámparas de yang apenas iluminaban por el fuerte efecto de la roca *heise* y las sombras lo envolvían, aunque sus ojos de hurón no tardaron en acostumbrarse. Se quedó a un par de pasos de la celda. Tras los barrotes se intuía un bulto anclado a la pared, amarrado de la nuca a los pies, sin permitirle un solo movimiento.

Al *qilin* se le pinzó el estómago.

Yu mostraba un estado lamentable. Vestía prendas de un tono marrón neutro, manchadas de sangre por uno de los costados. Los mismos grilletes que cortaban su flujo de energía impedían que sus heridas sanaran y tampoco permitían que recuperara las fuerzas o nivelara sus meridianos, a simple vista descompensados. Se le notaba agotado.

La marca de su frente, que una vez vio brillar en escarlata, había arraigado en su piel, dejando una cicatriz de mal augurio. La falta de yin cortó su luz y el dibujo parecía una fea marca de nacimiento.

El preso alzó la cabeza y sus miradas se encontraron. No quedaba rastro de la chispa de arrogancia que lo acompañaba, incluso la que había resplandecido al fondo de sus ojos durante el interrogatorio. Era como si hubiera consumido los rescoldos de su luz en el infructuoso intento de convencer a los patriarcas y, en aquel momento, ya no le quedaba nada.

Xue sintió un amago de compasión que empujó a lo más profundo de sus entrañas.

—¿Te han golpeado? —preguntó, con la mirada clavada en las señales de su cuerpo.

—Me están tratando mejor que en mi última estancia aquí.

A pesar de que intentó que su voz sonara indiferente, Xue advirtió que era más gruesa y entrecortada.

El *qilin* paseó la mirada por la celda; estrecha, sin una sola ventana ni punto de luz. El heno desparramado por el suelo se había apelmazado por la humedad y desprendía un olor rancio imposible de ignorar.

Entre ellos apenas habían compartido recuerdos positivos, no tenían mucho de lo que hablar; sin embargo, en aquel reencuentro, las palabras pendientes pesaban en el aire viciado de la sala, volviéndolo incómodo. Solo existía un motivo por el que estaba allí, y Yu lo sabía. No era estúpido. La cuestión era quién formularía la pregunta primero.

Xue carraspeó y se aproximó a los barrotes. Su propio flujo de yang vibró por el efecto de la roca, helada contra su piel.

—¿Puedes resucitar a Lian?

Yulong Shizui alzó la cabeza con lentitud y lo miró. Un frío invernal escarchaba sus ojos y lo clavaron en el lugar. No respondió al instante, tampoco parecía pensar en una respuesta. Simplemente, la tenía clara.

—Lo haré entregando mi vida si es necesario —proclamó.

Xue parpadeó y, de pronto, estalló en una carcajada que hasta interrumpió sus propios pensamientos. Tuvo que sostenerse en los barrotes para no desplomarse, con el cansancio mascando su

equilibrio junto con lo absurdo de la situación. Cuando por fin cortó las risotadas, lo apuñaló con la mirada escarlata.

—¿En serio? ¿Igual que hiciste hace dos días? —escupió con ira—. Tendrías que haber muerto protegiéndolo.

—¿Crees que no lo intenté?!

Las cadenas que retenían su cuerpo tintinearón.

—¡Sé que no lo conseguiste! —espetó con voz metálica—. Volviste de ese infierno casi sin un araño y el cuerpo de él..

Sus nudillos se volvieron blancos y pegó el mentón al pecho, ahogando un sollozo.

—Admítelo —continuó despacio, con la vista en la irregular piedra a sus pies—. Llevas toda tu existencia deseando vengarte. Nos cruzamos contigo porque querías acabar con él y, tras perseguirlo como una bestia en celo, lo has conseguido. Tú lo has matado, demonio. Ya tienes lo que querías y ahora pagarás por ello.

—Xue...

—¡No! Yo lo sé, siempre lo he sabido, tienes ojos de asesino y las manos manchadas. Eras un veneno que se coló en su vida hasta engañarlo y... llevarlo a su muerte... tú...

—No eres el único que lo ha perdido —masculló Yu entre dientes.

En vez de rechazar las acusaciones de Xue, las asumía y le daba la razón. Lo cual hacía que lo odiara más.

—No eres ningún santo ni enviado de los Deva, eres incapaz de salvar a nadie... ¿Cómo piensas ir a por Lian? ¿Con qué cara te enfrentarás a él? ¿Lo mirarás a los ojos y suplicarás por...?

—Sí.

La voz de Yu resonó tan alto como el entrecocar de la roca con el hierro. Sus ojos se clavaron en los de Xue, en una lucha de voluntades a punto de sofocarse como una lámpara sin aceite.

—Iré a donde haga falta y lo traeré. Te lo devolveré. —Sus labios temblaban, tal vez de rabia, debilidad o frustración—. Le pediré perdón, aunque él no lo quiera y me odie el resto de mi existencia. —Entrecerró los ojos y apartó la vista del *qilin*—. No

habrá más reencarnaciones para mí, es el precio por haberme sacado de Ciudad Fantasma antes de tiempo. Así que usaré la última oportunidad que le queda a mi alma para recuperar la única razón por la que sigo aquí. —Suspiró y sonó exhausto—. Juro que Lian Hua renacerá.

A través de los barrotes se sostuvieron la mirada. Un sabor amargo ascendió por la garganta de Xue y amenazaba con atragantarlo.

—Te odio, Yulong Shizui. —«Porque quiero que tengas razón, pero...»—. No has obtenido el favor de los patriarcas, tu destino será la plataforma de ejecución y esta vez nadie llorará tu muerte.

Era un iluso. Por un segundo le pareció que Yu iba a hablar, y fue en aquel instante en que se dio cuenta de que no debería haber bajado a los calabozos, que dijera lo que dijese era inútil. Además, ver su cara y no poder golpear hasta deformarla hacía que sus nervios se crisparan.

Xue le dedicó un último vistazo y dio media vuelta, dispuesto a largarse. El sonido metálico de las argollas se alzó por encima del silencio que de nuevo se había formado entre ambos, y la voz del joven lo detuvo:

—Tus CD.

Xue lo miró de medio lado junto a la puerta, sin entenderlo.

—Tus CD de BTS —repitió Yu—. Los dejé en el piso, sobre tu cama, para cuando volvierais. Solo quería que lo supieras.

El *qilin* no lo soportó más.

¡Por qué! ¡Joder! ¿Cómo lo hacía?! Cuando se planteaba en serio abandonar a aquel demonio en lo más hondo de la ciudad frontera, unas pocas palabras bastaban para que la memoria despertara. Los cálidos y dulces momentos junto a Lian en una vida que, aunque temporal, también fue la más feliz que había tenido. La que jamás tendría.

Gruesas lágrimas se acumularon debajo de sus pestañas y lo tuvo claro.

Iba a acabar con ello por su cuenta.

Aún recordaba cómo cuando encerraron a Lian, al adoptar su aspecto de hurón, fue capaz de atravesar los barrotes para ir a su encuentro. Lo haría de nuevo. Solo que para degollar a dentelladas al monstruo que se lo había arrebatado todo.

Finalmente, cumpliría con su palabra y mataría a Yulong Shizui.

# Capítulo 3

## Me tienes a mí

Yulong Shizui jamás imaginó que una simple corazonada le haría sobrevivir.

Una idea, una ilusión, una imprecisa imagen al fondo de su mente fue suficiente para que diera un paso detrás de otro, para abrir los ojos cuando lo llevaron ante los patriarcas y hablara con la cabeza alta.

Sin embargo, tan fácil como erigió su castillo de naipes, lo derrumbó un «no».

Luchaba contra gigantes, pero albergaba la esperanza de que le escucharían, que, con un poco de suerte, atenderían su ruego. Porque tenía claro que su plan era realizable. No dudaba. Tampoco se lo podía permitir.

Después de haber peleado con las marionetas de Zongli y de convivir casi una vida entera al lado de Ming Yan sin sospechar que era una muñeca, sabía que era posible. ¡Lo era!, aunque no supiera cómo. Los problemas era mejor atacarlos de uno en uno.

El mayor temor de Yu no era caer, sino estar solo al fondo del abismo.

Miraba abajo y el pilar que lo sostenía era una montaña de huesos, restos de cadáveres amontonados que se convertían en polvo. Puede que fuera un castigo por sus pecados o la consecuencia por sus terribles acciones. Una causa-efecto que terminaba con él amordazado en el calabozo más profundo de la Logia de los Ancestros.

Su existencia era un error que debía ser olvidado y enterrado.



Sin la oportunidad de elevar la voz. No ya de redimirse; él admitía que estaba condenado desde que eligió la senda de la venganza. Pero lo daría todo por verlo una vez más y pedirle perdón.

Aquella era la única razón por la que se entregó a los patriarcas; para dar con una vía que lo llevara a Ciudad Fantasma y sacar a Lian de ahí. ¿Gobernar el inframundo en la novena grieta con el inmortal al otro lado? Era un bajo precio y estaba dispuesto a ello. También a dar su propia alma a cambio de la del que fue su profesor.

Solo un loco cruzaría el inframundo para robarle a la Calamidad, y Yulong Shizui era el hombre que buscaban.

Los patriarcas lo sabían; por la forma en que lo observaron tras soltar el descabellado plan, quedó claro que intuían la verdad. Él podía hacerlo, y lo haría sin titubear. Tan solo necesitaba el beneplácito del Cónclave de los Inmortales Celestiales, quienes, por supuesto, se lo negaron.

Escondían su miedo tras palabras vacías y se escudaban en el manido equilibrio.

En el silencio de la celda, con las cadenas drenando su escasa energía, el medio demonio medio mortal se permitió flaquear.

Más bien, no le quedó alternativa.

Había perdido, estaba acabado.

Sin fuerzas para llorar, apenas se compadeció de sí mismo. Era un muerto en vida desde que regresó de Ciudad Qiu con el cadáver de Lian en sus brazos. Lo recordaba aún tibio, con la piel suave, como si fuera a despertarse en cualquier momento, lo cual hacía más doloroso contemplarlo.

Yu se mordió la mejilla y saboreó la sangre para no perder el conocimiento. Debía mantenerse despierto. El tiempo era limitado y tenía que actuar. Aunque ¿cómo? ¿Quién ayudaría a un maldito como él? ¿Acaso alguien se atrevería a contradecir a los líderes de las grietas? Quiso soltar una amarga carcajada, en su lugar se le escapó un lamento.

Ni siquiera podía contar con Lagartija ni sus arañas. Sus tatuajes de yin permanecían aletargados a causa de la roca *heise*, el exceso de yang del reino inmortal, además del sobreesfuerzo del dragón de tinta cuando lo tuvo que contener en Ciudad Qiu. Mejor, prefería ignorar a traidores.

Sus elecciones lo habían llevado hasta ahí, donde debía estar. Lo que no aceptaría jamás era que Lian pagara por sus equivocaciones. Si él debía permanecer en la oscuridad, que así fuera. Era mejor ser devorado por ella a que sus demonios internos, alimentados de remordimientos y reproches, lo hicieran. Sin embargo, rendirse no formaba parte de su vocabulario; tras dos vidas peleando, se resistía a detenerse. Al menos, una parte de él todavía se rebelaba ante las adversidades. Y puede que no fuera el único con una pizca de esperanza.

—¿Te han golpeado?

Xue tenía mal aspecto. Era evidente que el hombre frente a él estaba destrozado por dentro. «Por mi culpa», se fustigó.

La digna imagen de *qilin* que se codeaba con los altos miembros de la sociedad celestial como la familia Lian había quedado atrás. Sus túnicas en gris y perla estaban arrugadas, no portaba ningún abalorio o adorno, nada de plata que mostrara su posición. Su cabello caía como un velo blanco desordenado y su mirada escarlata lucía opaca, aunque recobró el brillo según hablaban. O, más bien, mientras le lanzaba acusaciones, una detrás de otra.

—¡No! —le gritaba Xue—. Yo lo sé, siempre lo he sabido, tienes ojos de asesino y las manos manchadas. Eras un veneno que se coló en su vida hasta engañarlo y... llevarlo a su muerte... tú...

Verdades. Se expresaba con una sinceridad desgarradora de la realidad que él había provocado. Hechos irrefutables a los que tan solo podía asentir. Y, al tiempo que intentaba encajar cada dardo, su mente trataba de contrarrestar el odio con ideas. Las mismas que lo habían mantenido a flote desde que Lian dejó de respirar, ahogando dos corazones.

Mientras siguiera vivo, su voluntad sería indomable.

—Lo traeré —susurró, para Xue o para sí mismo—. Te lo devolveré —«A nosotros»—. Le pediré perdón. —«Le suplicaré de rodillas, con la frente y la nariz pegados al suelo»—. Aunque me odie. —«No importa, no importa, no importa»—. No habrá más reencarnaciones para mí. —«Solo me queda una última oportunidad, por favor, déjame... Te lo ruego, os lo ruego...»

Un juramento que resonó frágil, una mirada que no le dio opción a réplica.

—Te odio, Yulong Shizui —pronunció con palabras afiladas y certeras. Después más rabia, y otra gran verdad—. Nadie llorará tu muerte.

Cuánta razón. Qué cruel y real. Se lo merecía.

Por un instante, en la mirada de Xue le pareció entrever determinación. Sus iris rojizos amenazaban con escaldarle, con las ascuas de unas brasas que despertaban, ansiosas por quemar con una chispa el bosque entero.

Porque Xue Diao estaba tan solo como él. Un chiquillo que era abandonado una vez más. Recordó su época juntos, aquel extraño paréntesis donde fueron capaces de crear un hogar, incluso preparando fiestas de cumpleaños y compartiendo palomitas frente al televisor. Al *qilin* tampoco le quedaba nada. «Me tienes a mí, Xue», pero la frase quedó atrapada al fondo de la garganta, consciente de que el hurón no querría escucharla. Ni él era digno de pronunciarla.

Además, no era más que otra mentira, pues pronto Yu también se marcharía, lo obligarían a ello, en una ejecución menos memorable que la del honorable hasta su condena ShenXian Yu.

—Se supone que el preso no debe recibir visitas.

Yu reconoció la voz al momento. La había oído en el Cónclave de los Inmortales Celestiales, pero también muchos años atrás, décadas. Cuando siendo un simple huérfano logró su propio apellido, lucir sus colores y ser un guerrero en la frontera a órdenes de la mujer que acababa de entrar en la minúscula celda: la patriarca Han.

El tiempo se deslizaba por la firme piel de la gobernante de Ciudad Frontera de la Patriarca Han sin dejar una mácula. Conservaba la apariencia de adolescente obligada a madurar a la fuerza, con los rasgos redondeados, los labios rectos y sus ojos nublados que veían más allá de la luz y los colores. Vestía una túnica en rosa pálido con ribeteados en fucsia, como una flor que se mecía por una imperceptible brisa.

ShenXian Yu no se llevaba especialmente bien con su superior. Tampoco tenía los favores de ninguno de sus compañeros. Acostumbrado a que se lo pusieran especialmente difícil, aprendió a lidiar por su cuenta con los problemas. Era de los que preferían entregar sus informes y cruzarse con los jefes lo menos posible. Le gustaba pensar que era un guerrero libre e independiente, que se había ganado a pulso su rango. Sin embargo, al echar la vista atrás, era evidente que una mano amiga tiró de él y lo protegió en su ascenso. Y esa era Han.

Al verla en la mazmorra se preguntó si seguiría percibiendo a ShenXian Yu en el alma de Yulong Shizui. Si mientras lo escrutaba en la penumbra, trataba de evocar el resplandor de su antigua aura. Supuso que no; estaba convencido de que en la actualidad sería negra.

—Es sabido que no hay muro que frene la osadía de Xue Diao —habló una nueva voz, también conocida.

La patriarca Xiangú surgió tras la menuda figura de Han. Aquello era insólito. Las dos mujeres más poderosas del Cónclave de los Inmortales Celestiales reunidas en el agujero más oscuro y húmedo de la ciudad. ¿Para qué? En breve lo descubriría.

El *qilin* se sonrojó, avergonzado, ante las palabras de Xiangú, que podrían considerarse una sutil advertencia, si no fuera por la amabilidad que la envolvía. Su aspecto de impassible princesa de los Mil Cerezos en Flor había dado paso al de una mujer sometida por un gran peso.

—Mi señora —se apresuró a decir Xue, agachando la cabeza.

Que el hurón hubiera bajado ya era malo, que lo hicieran dos patriarcas podría considerarse traición. La parte más racional de

Yu quiso pedirles que se marcharan; no fue capaz, aunque tampoco se atrevió a enfrentarlas.

Por el rabillo del ojo observó los movimientos de la patriarca Han y cómo su yang brotaba como el polen de una flor. En un pestañeo, un velo intangible los rodeó. Yu admiró la facilidad con que la mujer acababa de crear un Espacio de Vacío Infinito, técnica que siendo Shen se le resistió en un principio y que, como Yu, ni soñaba alcanzar, todavía.

El hechizo creaba un lugar que a su vez no era ninguno. Se trataba de una realidad superpuesta, idéntico al papel protector para delicadas piezas de cristal. Su objetivo solía ser evitar que el mundo mortal sufriera daños por los ataques de criaturas de yin, también se utilizaba como prisión de demonios. La energía formaba una burbuja irrompible, haciendo que los que estaban en su interior no fueran más que aire para los curiosos. Nada salía ni entraba.

El Espacio de Vacío Infinito se acababa de convertir en una caja invisible de secretos.

Xue dio un paso atrás, tomado por la sorpresa, que también lo dejó sin palabras. Los extraños ojos de Han estaban clavados en Yu, como si en verdad lo pudiera ver. Se planteó si valdría la pena apelar a su pasado en común, o simplemente suplicar porque le dejaran ir a por Lian. Cuando estaba a punto de hablar, otras palabras se solaparon a las suyas.

—¿De verdad te adentrarías hasta Ciudad Fantasma? —Fue Xiangú quien rompió el inquietante silencio.

—Sí.

Yu no titubeó ni un ápice. La pregunta sonaba a reto, uno al que él estaba más que dispuesto. No ponían en duda cómo lo haría ni con qué objetivo, aunque para ellas debía ser más que evidente. Tan solo querían saber si sería capaz, y él lo tenía claro.

La patriarca Han, de menor estatura que Xiangú, se había sostenido de su brazo para colocarse frente a los barrotes que los separaban. Sus palabras flotaron:

—Bajarías al inframundo, tendrías que aventurarte por las afueras de Ciudad Ya, atravesar sus valles desérticos hasta Ciudad Fantasma. Ahí la Calamidad guarda ahora el alma de Lian Hua. Al haber nacido bajo mi protección, su destino estaba sellado. Igual que estuvo el de ShenXian Yu. —Chasqueó la lengua—. Era lo que creía... o me hicieron creer. —Su túnica destacaba en mitad de la oscuridad de las rocas del calabozo, como un pétalo de ciruelo surcando el cielo nocturno—. Tendría que haberte cuidado mejor, Shen. Sé que no lo eres, o no del todo; Xiangü me ha ayudado a atar los cabos que me quedaban sobre lo sucedido con tu alma. Y esta sí que estaba bajo mi responsabilidad. —Hizo una pausa, sin apartar la vista nublada de él—. Me convirtieron en una pieza más en el despiadado tablero que Zongli y Qiniu habían montado. Nos usaron. Me usaron —subrayó con énfasis—. No presté atención a los indicios, en el pasado cometí el error de enviarte a la plataforma de ejecución sin escuchar, sin investigar lo suficiente, y la negligencia de mis actos ha traído una de las peores consecuencias: perder a nuestro preciado Lian Hua.

Yu se quedó congelado. Han no pediría perdón, los patriarcas no se disculpaban por sus acciones. En todo caso, las enmendaban. Además, podía darse por satisfecho al ver cómo aceptaba su versión por completo tras el viaje a Ciudad Qiu, sin más interrogatorios. Yu echó un vistazo a Xiangü, convencido de que ella tenía mucho que ver en aquello. No obstante, jamás imaginó que ella pronunciaría la frase que daría un vuelco a su existencia.

—Sé cómo resucitarlo. —Sus labios, que solían estar teñidos del carmesí de sus túnicas, se torcieron en un amago de sonrisa—. Aunque tú lo intuías y por eso imploraste conservar su cuerpo en mi palacio, ¿me equivoco?

Tenía razón. La fe de Yu, alimentada por el amor de Lian, se sustentaba sobre una frágil esperanza. Por ello se encontraba donde necesitaba estar.

—Supuse que tras la muerte de Quexi y con el acceso que solo tienen los patriarcas a pergaminos prohibidos, tal vez... Tal vez tú

también pensaras en intentarlo si hubieras recuperado el cuerpo a tiempo.

—Eres muy perspicaz —alabó la mujer, sin borrar su gesto de orgullo, y una pátina de melancolía cubrió su expresión—. Pero no será sencillo, Yu. Es una técnica maldita, requiere un precio y no puedo garantizar que sea un éxito o que Lian Hua despierte... igual.

—Me basta —interrumpió el joven, antes de que Xiangü continuara con la lista de inconvenientes—. Aunque su núcleo espiritual fuera irrecuperable y no volviera a luchar. Aunque despertara sin los recuerdos que nos unen o él fuera diferente, no importa... Estaré a su lado, pelearé por él, siempre.

—El camino que eliges seguir no es fácil, Yulong Shizui —continuó la gobernante de la ciudad—. Puede que te retengan en el inframundo, que no regreses a tiempo, incluso que no vuelvas. Recuerda que el alma terrenal de Lian solo permanece anclada al cuerpo siete días y ya han pasado dos.

Hubo una pausa que indicaba una respuesta por su parte. Sus labios se estiraron, era su oportunidad, aunque no pensó que se la ofrecerían directamente.

—¿A qué estamos esperando? Haría lo que fuera por recuperar a Lian.

—Te pareces demasiado a ShenXian Yu, igual de imprudente y obtuso. —Han negaba con la cabeza, agarrada a las túnicas de la mujer a su lado.

—Desesperado —corrigió Yu—. ¿Por qué no lo habéis dicho frente al Cónclave? Tal vez, de haber sabido que era posible, ellos habrían cambiado de opinión.

—¿Crees que los otros patriarcas desconocen estos métodos? Zongli no inventó nada. Piensa en la votación, solo nos ha faltado uno para que aceptaran. Si Xiangü hubiera mostrado sus cartas, serviría de excusa perfecta para que la vetaran. ¿Quién confiaría el futuro de una ciudad a una gobernante capaz de tales atrocidades antinaturales?

—Lian no sería...

—Lo sabemos —repuso con rapidez Han, que parecía hablar en nombre de las dos—. Pero es en lo que ellos se escudarían para usar en nuestra contra. Lo cual no nos interesa para los objetivos que perseguimos. Y sí, son los mismos que los tuyos.

—Entonces... ¿en serio es posible?

La débil voz de Xue se alzó entre los presentes, absortos en la burbuja creada en el Espacio de Vacío Infinito. El *qilin* había quedado lo más alejado posible de los barrotes y, con las últimas palabras de la patriarca, se acercó, curioso. Sus ojos rojos resplandecieron con una sutil emoción. Sin embargo, esta se extinguió cuando volvió a hablar:

—El Cónclave no lo aceptará. Es una técnica prohibida. Perseguirían a Lian, se convertiría en un paria.

La mirada del hurón osciló a Yu, con un acusador «como tú». La idea no le disgustó al joven. ¿Pasar los años que le quedaran junto al inmortal huyendo de los cazadores? Prefería una vida escondido con él que continuar a la deriva en la oscuridad, solo.

—No lo permitiremos —retomó Han, y su expresión se volvió más solemne—. El Cónclave exige resultados. Nos hallamos en una situación de extrema delicadeza, es la primera vez en varias generaciones que el colapso de la barrera se siente como una amenazante realidad. Ellos son cabezotas, inútiles fuera de sus ciudades, les cuesta ver el conjunto del cuadro, y nosotras vamos a ayudar a mostrarles la imagen con perspectiva. —Tomó aire, y entonces Yu se percató de que la mano con que se aferraba al brazo de Xiangtu temblaba. Su aprecio por Lian era sincero—. Necesitamos restaurar una ciudad, al fin la novena grieta tendrá a su patriarca destinado. Él nació para ello. Y tú regirás el inframundo como nuevo Hijo del Dragón; así conservaremos el equilibrio.

Yu tragó saliva. Notaba la garganta seca y, al moverse, el dolor de las laceraciones por los grilletes hizo que apretara los labios. Deseaba tanto escuchar aquellas palabras, que alguien ajeno las pronunciara. Que creyeran en él.

—¿Cómo va a hacer Yu todo eso? —dijo Xue, arrastrando al medio humano de regreso a la dura roca de la prisión—. ¡Lo van a condenar! Si lo sacamos de aquí, seremos cómplices y ocuparemos su lugar.

—¿En esta misma prisión?

Xiangu rozó el dorso de la mano de Han en una petición para que la soltara, y dio un paso al frente. En vez de chocarse, atravesó los barrotes como si fueran un espejismo. Xue dio un respingo, mientras que Yu la observó impassible. Que careciera del poder para crear los espacios de vacío no significaba que ignorara la teoría, y sabía que lo tangible, menos los seres de energía, quedaban en un segundo plano. El *qilin* debió olvidar que continuaban en el interior del hechizo.

—¿Cómo colaboraríamos en la fuga de un demonio? —siguió la mujer, que coló los dedos en la manga de su túnica con despreocupación—. Pero eso no implica que reciba el apoyo de los suyos.

Un escalofrío recorrió la columna de Yu al percibir el olor a belladona. Sus meridianos estaban sedientos y reaccionaron al objeto que Xiangu acababa de revelar de sus mangas.

—¿Un pétalo de cerezo negro? —quiso saber Xue.

La patriarca alargó la mano al rostro de Yu y respondió sin mirar al *qilin*.

—Es un regalo de Bihan.

«¿El Hijo del Dragón de Ciudad An?». Evocó el aspecto imponente del hombre que reinaba al otro lado de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu. A pesar de que fuera de sus murallas la relación entre ambos se consideraba de simple cordialidad, Yu había sido testigo de su extraña cercanía. Quexi fue el Hijo del Dragón que fraguó la guerra por la novena grieta, pero también el artífice de la proximidad más auténtica que había visto entre demonio y patriarca. Una que le daba esperanza y le permitía soñar.

ShenXian Yu fue el resultado del amor que se profesaban Xiangu y Quexi. Los restos del alma del inmortal residían en Yu, por lo que, de una inquietante manera, puede que así como la

patriarca lo sintiera como un fragmento de su difunto hijo, Bihan lo viera como un sobrino. «No —se corrigió mentalmente—, es imposible que yo le interese lo más mínimo».

Sin embargo, ante él sujetaban una pequeña porción de su inmensa energía. El pétalo que la mujer posaba sobre los labios del joven contenía el yin del Hijo del Dragón. De un igual. Yu saboreó su poder.

—Tómalo —murmuró Xiang, que acarició con ternura los mechones rebeldes que caían sobre la frente del joven—. Pronto vendrán a por ti, aprovecha el momento para escapar y reúnete con nosotras donde empezó todo, Yu. Eres un hombre inteligente, demuéstalo. Confiamos en ti.

Yulong Shizui no pudo más que asentir y tragar el pétalo.